

RAZON HUMANA Y CULTURA HISTORICA

POR

RAFAEL GAMBRA

Los pueblos y las civilizaciones —se ha dicho— semejan a extraños navíos cuyas anclas se hunden en el cielo. De un mundo sagrado, sobrenatural, brotó la inspiración primera de todas las culturas históricas, como brota el sentido de sus horas y sus días.

Misión de los barcos es, sin duda, navegar; pero este fin se somete a otro objetivo superior, que es el de arribar a puerto, recalar en él y fijar allá sus anclas. Un navío a la deriva, sin mandos ni derrota, sometido a las fuerzas ciegas del mar, no es sólo inútil, sino inminente peligro, tanto para su tripulación como para su entorno. Navegar, como toda acción humana, es empresa de sentido y de fines.

Al igual que el sentido y la finalidad del viaje se sitúan más allá de los elementos del navío y de las incidencias del periplo, el anclaje último de los pueblos y culturas trasciende también de su organización y de sus medios de subsistencia. Del mismo modo que el barco navega para alcanzar su arribada a puerto terrenal, así el navío de los hombres —las civilizaciones humanas— aspiran o tienden a un anclaje eternal. Sin una previa emoción religiosa, sin el sentido de una misión universal, ¿qué pueblo saldrá del tribalismo primitivo para irrumpir en el torrente de la historia y podrá explicar las obras de su propio genio?

Nadie más abandonado en un mundo sin límites, de amenazadores elementos, que el navegante en alta mar. Se enfrenta, sin embargo, con el océano infinito en la pequeña construcción de su navío, que es para él albergue y ámbito familiar de su quehacer. Una vez dentro de él, apenas ve ya el mar, o, si lo ve,

le aparece sólo como el fondo o decoración de su nave, algo hecho para sostenerlo y transportarlo. La inmensidad del mar es entonces campo de su tarea, o camino que recorrer o campo de batalla para el navío, es decir, del pequeño mundo que el hombre se ha construido para albergarse y realizar su obra. En él los tripulantes comparten los elementos del barco y también su organización y disciplina, pero sobre todo comparten un origen, un destino y una esperanza, más o menos próxima, de arribada.

Entre las civilizaciones que en el mundo han sido, algunas se nos ofrecen con una transparencia intelectual y afectiva que nos permite una mirada interior, compartida. Eso sucede, para nosotros, en la civilización judeo-cristiana y en la grecolatina. Somos, en un grado u otro, herederos y partícipes de su tradición, de su anclaje eternal. Podemos entender sus obras, y emocionarnos con ellas. Otras, en cambio, nos aparecen opacas, misteriosas, ajenas. Pueden inspirarnos curiosidad científica o arqueológica, pero su espíritu profundo, sus dioses y sus esperanzas permanecen para nosotros impenetrables. Tal es el caso de las civilizaciones mesopotámicas o de las precolombinas. Los árabes de Egipto enseñan hoy las pirámides como algo que es ajeno a su propia cultura y comprensión, casi como un fenómeno de la naturaleza. Nosotros, en cambio, mostramos una vieja catedral o el Partenón con un fondo emocional de participación y de comprensión íntima. El día en que nuestras catedrales —o la Acrópolis de Atenas— resulten para nosotros tan extrañas como las pirámides para los actuales pobladores de Egipto, se habrá extinguido en sus raíces nuestra civilización.

Y también, para nosotros, toda verdadera civilización. Porque la civilización cristiana (o clásico-cristiana) no ha sido sustituida por otra, sino por una anti-civilización o una disociación, que, si pervive, es a costa de los restos difusos de aquella cultura originaria.

De aquí que ninguna concepción del orden político pueda resultar más letal a aniquiladora de la comunidad humana que la democracia moderna o «sociedad abierta» (*open society*). Postular una sociedad sin fe y sin principios, sin normas estables,

neutra, sin puntos estables de referencia, dependiente sólo de la opinión pública y de la utilidad del mayor número, es como abrogar la disciplina en una navío, olvidar su rumbo y el orden de las estrellas, abandonarlo a la deriva. ¿A dónde se dirigirá tal navío? ¿En qué lenguaje se entenderá su tripulación? ¿Cómo capeará las tempestades? ¿Qué justificará su misma unidad y su existencia?.

Cuando el Presidente de la República Francesa —o de cualquier otra democracia moderna— apela al heroísmo de la Legión para resolver un conflicto extremo, ¿en nombre de qué lo hace? ¿Con qué derecho? Si nada existe fuera del interés de los ciudadanos y de la opinión pública, ¿cómo exigir a hombres jóvenes que entreguen todo lo que poseen, su vida? Sólo por un recurso inmoral a normas, creencias y valores permanentes, que la propia democracia niega, podrá recurrir a tales medios de coerción y de supervivencia.

De esa manera obran los gobernantes y los miembros demócratas de un Estado democrático. Como ha escrito Saint-Exupéry, «así son los pasajeros de ese navío: utilizan el navío sin darle nada de sí a cambio. Al abrigo de sus cámaras, que imaginan ser un marco absoluto, prosiguen sus juegos, ignorando el trabajo que sufren las cuerdas maestras bajo la presión eterna del mar. ¿Con qué derecho se lamentarán si la tempestad dismantela el barco?».

Si toda sociedad histórica, para su simple existencia y perduración, ha de tener su asiento en una fe y en un fervor colectivos, en unas nociones de lo que es sagrado y es recto, de lo que es el deber y el sentido del sacrificio, ¿supondrá esto que cada civilización es impentable intelectual y emocionalmente para quienes no formen parte de su tradición o herencia? ¿Habrá de asentirse al dictado de Spengler, de Toynbee y de determinados estructuralistas para quienes las culturas son sistemas cerrados cuyo sentido es inmanente a un sistema intrasferible de puntos de referencia?

Nada autoriza tal conclusión. La razón es una instancia universal capaz de penetrar todo lo que es humano y aun, dentro

de ciertos límites, el orden mismo del ser. La civilización occidental de origen cristiano —nuestra civilización— ha sido la encargada de demostrar prácticamente esta capacidad de la razón. Su fe —nuestra fe— se ha predicado ya en todos los ámbitos de la tierra y ha arraigado, en mayor o menor grado, en las civilizaciones más dispares. Su ciencia, su técnica, su modo de pensar y sus imágenes de comportamiento —básicamente racionales o anti-míticas— se han extendido a todo el mundo penetrándolo en buena parte. Sea como cultura superpuesta, sea como injerto cultural, puede hoy decirse que una sola cultura —la occidental— es la cultura común del Planeta.

Sin embargo y paradójicamente, esta difusión de una cultura racional en el mundo sólo pudo realizarse a través de una civilización determinada —la occidental—, civilización que, como todas, nació de de una fe —de un anclaje en la eternidad— y se edificó sobre unas normas y unos valores morales. Porque, en sentencia filosófica, *operari sequitur esse*, el obrar sigue al ser: no se expande una civilización sin antes ser, existir. Y si en este solo caso ha sido posible el efecto de una difusión en cierto modo planetaria fue, precisamente, porque tal civilización se apoyó originariamente en la religión *verdadera*.

El ejercicio de la razón, sin embargo, en su capacidad de penetración y difusión universales puede adoptar dos actitudes muy diferentes entre sí. Puede actuar consciente de sus límites y partiendo de ellos, tal como la función abstractiva del entendimiento es descrita por el aristotelismo: penetración en las esencias a partir del dato sensorial o perceptivo hasta alcanzar el concepto y, con él, la posibilidad de juzgar, razonar y alcanzar la verdad. Consciente también de su limitación superior en una sobrenaturaleza inasequible a la razón natural en cuyo ámbito se encuentra la Causa Última. Estos límites —y esta humildad intelectual— le son recordados al hombre por la fe misma en que se asentó su civilización.

Puede, en otro caso, actuar como si no existieran límites a su poder, postulando un universo racional, tratando de reducir

a su propia legalidad y estructura todo el universo natural y cultural, incluidos su origen y destino.

Esta extralimitación, que es la esencia del racionalismo moderno, da lugar a las visiones uniformistas de la realidad, a los estatismos y centralismos, a la masificación humana, a la misma *open society* (o sociedad racional); a un reduccionismo racional que provoca la rebelión, tanto de los pueblos como de la propia naturaleza, invadida y contaminada. Y no digamos a la ira de Dios, ignorado o convertido en mera opinión de partido o en hipótesis de trabajo.

Porque la llamada «sociedad abierta» —la actual de los Derechos Humanos— ignora el primero y principal de los derechos del hombre, que es el de buscar la verdad y servirla, el de fundar en ella su vida y el perdurable navío para su periplo terrenal.

EL SENTIDO CRISTIANO DE LA HISTORIA

INTRODUCCION AL SENTIDO CRISTIANO DE LA HISTORIA, por *Jean Madiran*.

EL SEGUNDO CONCILIO VATICANO Y EL SENTIDO DE LA HISTORIA, por *Marcel Clément*.

SENTIDO MARXISTA Y SENTIDO CRISTIANO DE LA HISTORIA, por *Raoul Pignat*.

LA HISTORIA, EDUCADORA DEL SENTIDO CRISTIANO, por *Jean Ousset*.

EL SENTIMIENTO RELIGIOSO EN LA HISTORIA DE ESPAÑA, por *Gabriel de Armas*.

122 págs.

150 ptas.